

α

David Isaí Lara Prieto

El panteísmo Spinoziano y su relevancia actual

Introducción

El panteísmo de Baruch de Spinoza se convirtió en el estandarte de la cosmovisión filosófica que el autor desarrolló, lo que ha hecho que, al tratarse de éste, se le asocie con su peculiar concepción de Dios y cómo ésta está relacionada con la felicidad del hombre. Es por dicha razón que busco retomar la importancia de una concepción panteísta/spinoziana adecuada a la realidad de nuestro contexto histórico. Si bien hay un abanico muy amplio de concepciones teológicas y cultos que de éstas se siguen, considero que la visión que Baruch de Spinoza sostenía de Dios tiene una relevancia vigente si se la aborda por sus postulados principales después de considerar los cambios contextuales y adoptarlos dentro del contexto actual.

¿Qué se entiende por panteísmo?

Panteísmo viene de los vocablos griegos *'pan'* que significa 'todo' y *'theós'* que significa 'Dios'¹. Dada su etimología, la traducción nos lleva a decir que, al hablar del término, tiene que entenderse como un: 'todo es Dios'; pero la pregunta surge cuando, al hablar de Baruch de Spinoza, definimos que su propuesta panteísta puede ser entendida dentro de la etimología de la palabra sin haber reflexionado sobre el sistema filosófico completo que desarrolló para poder llegar a tales afirmaciones. Un caso similar ocurre cuando se toma como obvia la sola afirmación de Descartes: 'pienso, por lo tanto, existo'², siendo que, al ser una de las citas más famosas de la filosofía por

¹ Diccionario de filosofía (1984) p. 239, en <http://www.filosofia.org/enc/ros/pant.htm>

² Descartes, R., *Discurso del método en Sepan cuantos...* Núm. 177, p. 24

sí sola, el proceso que lo condujo a tal afirmación y la serie de premisas que la sostienen, con frecuencia pasan desapercibidas.

A partir de la definición en el párrafo anterior, llegamos a que una idea general del panteísmo descansa en que, aunque no se niega la existencia de Dios, la manera en la que se le conoce puede también ubicarse dentro de las nociones de *naturaleza* y *universo*, con los que 'Dios', entendiendo el concepto alejado de concepciones religiosas, puede usarse como sinónimo. Aparte de lo que puede entenderse por lo explicado hasta ahora, cuando se habla del panteísmo de Spinoza, se suele llegar a conclusiones en las que Dios, alejado de atributos que no le corresponden, puede entenderse sin concepciones como las de bien y mal.

Cuando se habla específicamente de la propuesta panteísta de Spinoza, más allá de entenderse como si el conocimiento de Dios fuera una propiedad a la que sólo pueden aspirar los sabios, debe entenderse que la máxima aspiración humana es la de llegar a ser sabio. Lo que se expondrá más adelante en el texto es que, para Spinoza, no hay una manera de suponer que pueda haber un hombre sabio que aspira conocer a Dios, pues de no hacerlo estaría ignorando la *Naturaleza* y toda fuente de conocimiento, lo cual le imposibilitaría el conocimiento y la sabiduría; lo que Spinoza trata de explicar es que, para llegar a ser un hombre sabio, primero tiene que comprenderse la *Naturaleza* y el conocimiento a través de Dios. La cualidad de conocer a Dios es la que otorga el grado de sabio, por lo que es un error pensar que primero se tiene que ser sabio para conocer a Dios a través de la *Naturaleza*.

Las bases del panteísmo spinoziano y reflexiones sobre Dios en la *Ética*

El *panteísmo* de Spinoza tiene como fundamento principal el texto de la *Ética demostrada según el orden geométrico*. En este texto es donde se aborda de manera concreta el marco de conceptos básico de su filosofía y encontramos enunciadas, de

manera sistemática, las definiciones que caracterizan el pensamiento que desarrolló el filósofo.

El punto anterior es uno de los más importantes dentro de la filosofía de Spinoza porque, entendiendo que todo es en Dios, se puede descifrar uno de los pilares de su cosmovisión. La argumentación desarrollada dentro de la primera parte de la *Ética* parece conducir al único propósito de demostrar que no hay otra sustancia aparte de Dios, y dado que los modos necesitan una sustancia para ser, no hay modos que no vengan de Dios. Sumado a lo anterior, "aparte de las sustancias y de los modos nada se da (por el axioma I)"³, por lo que nada puede concebirse sin Dios, sentando las bases del pensamiento panteísta.

Spinoza, después del hilo argumentativo desarrollado a lo largo de la parte referente a Dios en esta primera parte de la *Ética*, señala que voluntad, entendimiento, amor, deseo, etc., se refieren únicamente a la condición humana⁴, pues todos son modos del pensamiento. Después de haber señalado que la voluntad es un modo del pensamiento, Spinoza, dentro del *corolario I* de la *proposición XXXII*, dice: "Dios no obra en virtud de la libertad de la voluntad"⁵ y, en el siguiente corolario, explica que la voluntad está determinada, al ser un modo del pensamiento, por lo que no pertenece a la naturaleza de Dios; sino que sólo se vincula a él en el sentido que lo hace cualquier otro *modo*⁶. En el apéndice señala que la falsa atribución de una voluntad, que busque un fin determinado, dentro de distintas doctrinas religiosas "acaba con la perfección de Dios: pues si Dios obra con un fin, apetece necesariamente de algo que carece"⁷.

Como ya se mencionó, Spinoza niega cualquier cualidad de Dios que no pueda ser considerada dentro de sus infinitos atributos, y especialmente los dos que el hombre es capaz de conocer de él. De aquí se sigue que conceptos como bondad, justicia, voluntad, orden, etc., no son aplicables a la descripción divina que Spinoza

³ Spinoza, B., *Ética demostrada según el orden geométrico*, p. 17

⁴ *Ibid.*, p. 38

⁵ *Ibid.*, p. 33

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*, p. 40

entrega. En el apéndice de la primera parte de la *Ética* habla de que, si bien es un vicio que dichas concepciones se encuentren dentro de las definiciones de diversas doctrinas, que se hayan desarrollado de esta manera parte de que, como seres humanos, estamos condicionados, de manera instintiva, a desarrollar de dicha manera nuestro pensamiento. Empieza por mostrar que el motivo por la cual estamos condicionados a ver determinadas cosas como ‘buenas’, parte de la utilidad que nosotros podemos sacar de ciertos medios, encontrados en la misma naturaleza⁸, para satisfacer nuestras necesidades. De la idea anterior, continúa diciendo que, el hombre, al saber que dichos medios fueron encontrados y no dispuestos por él mismo, los atribuye a otro ser consciente, pero con cualidades superiores como para facilitarlos. De aquí que se empieza con el desarrollo de rituales y doctrinas adecuadas para agradar a dicho ser y garantizar los medios que el hombre necesita.

La idea desarrollada en el argumento anterior conduce a Spinoza a decir que, dentro de las mismas doctrinas y cultura, el hombre tiende a atribuirle cualidades inadecuadas a Dios. Para entender cómo la idea de *bien* se desarrolló de dicha manera en el pasado, dice que para los hombres “todo aquello que conduce a la salud y al culto a Dios lo llamaron *bien*; en cambio, *mal* lo que es contrario”⁹. Para la idea de *orden* Spinoza argumenta que, de las cosas:

Pues decimos que están bien ordenadas cuando están dispuestas de tal manera que, al sernos representadas por los sentidos, podemos imaginarlas fácilmente y, por consiguiente, recordarlas fácilmente, pero de lo contrario, decimos que están *mal ordenadas* o que son *confusas*. Y puesto que entre todas las cosas nos agradan más aquellas que podemos imaginar fácilmente, los hombres prefieren, por ello, el orden a la confusión, como si el orden fuese algo en la Naturaleza y no exclusivamente con respecto a nuestra imaginación.¹⁰

Así expone que estas y las otras nociones no tienen por qué ser entendidas más allá que como *modos*¹¹ de imaginar que tienden a ser confundidos, por los ignorantes, como los atributos principales de las cosas. Para Spinoza, quienes consideren que en la

⁸ Spinoza habla aquí de condiciones que como especie nos favorecen, siendo, por ejemplo, las hierbas y los animales que sirven de alimento, el sol que ilumina y entrega claridad, el mar que sirve para criar peces, etc. (Op. cit., p. 39)

⁹ Spinoza, B., *Ética demostrada según el orden geométrico*, p. 42

¹⁰ *Ibid.*, p. 42

¹¹ Entiéndase *modo* en el sentido de la *definición V*, que es la de *modo*. Se entiende como cualquier afección de la *sustancia* y que necesita, necesariamente, de la *sustancia* para poder ser y concebirse. (p. 5)

Naturaleza pueden encontrarse nociones como *bueno* o *malo*, *sano* o *pútrido* y *corrompido*, es porque consideran que la misma Naturaleza ha sido hecha a causa de ellos, cosa que se encargó de desmentir a lo largo de la primera parte de su argumentación en la *Ética*. Como idea final y cierre de esta primera parte, concluye que “la perfección de las cosas sólo ha de estimarse por su sola naturaleza y potencia; y, por tanto, las cosas no son ni más ni menos perfectas porque deleiten u ofendan los sentidos de los hombres o porque convengan a la naturaleza humana o la repugnen”¹².

La sabiduría y su relación con la alegría

Para Spinoza, existe una relación directa entre la sabiduría y la alegría. Según el autor, la idea de la alegría se refiere a un proceso de perfeccionamiento intelectual constante, dicho perfeccionamiento está adecuado al proceso en que el hombre se ‘hace’ intelectualmente de una idea completa de Dios y todos los elementos que componen su naturaleza.; mientras la tristeza es un proceso por el cual se va ‘perdiendo’ dicha perfección¹³. El hombre, según el planteamiento de Michel Henry, se encuentra dentro de un constante devenir mientras es afectado por los estados donde se perfecciona (que le dan alegría), y los que lo hacen menos perfecto (y le entregan tristeza)¹⁴.

¿Cómo es entonces que Spinoza plantea la felicidad, en el campo práctico, dentro de la vida del hombre? Para él, la felicidad del hombre consiste en conocer, de manera adecuada, las verdaderas causas y leyes que dirigen el curso de la naturaleza. La comprensión de que la mayoría de las cosas que existen dentro del universo pertenecen a una condición natural alejada de lo que se puede cambiar con nuestra propia voluntad, es clave para que el hombre viva plenamente.

Michel Henry plantea la idea de que el entendimiento es una traducción, una especie de mediador, que hace posible para el hombre comprender la totalidad de la naturaleza. La aproximación que se puede tener de Dios, a través del conocimiento,

¹² Spinoza, B., *Ética demostrada según el orden geométrico*, p. 44

¹³ *Ibid.*, p. 115

¹⁴ Henry, M., *La felicidad de Spinoza*, p. 148

parte de lo subjetivo, siempre que éste sea entendido como una necesidad interna. De aquí se sigue que la manera en la que nosotros experimentamos la mera existencia, estar vivos y conscientes, es lo que nos puede conducir a comprender las verdaderas causas que rigen el universo¹⁵. Hampshire, por su parte, plantea la felicidad de manera en que, para Spinoza:

Todo lo que sirve para desarrollar el conocimiento y la inteligencia y, por tanto, sirve a la potencia y libertad, es necesariamente bueno para el individuo, y debe procurarse en interés de la autoconservación; todo lo que estorba el conocimiento es autodestructivo, «malo» en el único sentido cuasi-objetivo de la palabra, por cuanto disminuye la libertad y vitalidad del individuo.¹⁶

Por lo anterior, podemos decir que el hombre sabio es el único que posee una verdadera libertad, pues al darse cuenta, por medio de su conocimiento de las verdaderas causas, que las pasiones que creía estaban en él (creencia natural derivada de pertenecer al género humano) no son más que afecciones de la sustancia ajenas a su existencia, debido a ello, se encuentra en posición de sentirse liberado de voliciones propias de su condición humana. Además, Hampshire continúa diciendo que el hombre sabio, alejado del sistema de recompensas propio de las religiones antropomórficas, "Sabrá que «la virtud es su propio premio», en el sentido estricto de que la vida mejor es necesariamente la vida más feliz: las satisfacciones intrínsecas del alma libre son las más duraderas y seguras"¹⁷. Continúa además diciendo que:

Su felicidad auténtica (*beatitudo*) consiste en esa contemplación de la organización y sistema totales de la Naturaleza, y en reflejar dentro de su propia alma el orden general completo de las cosas. La tristeza y el mal no pueden afectarle, a menos que su entendimiento sea imperfecto, y salvo que se halle afectado por causas exteriores que no entiende por entero.¹⁸

Según Hampshire, si seguimos con esta idea, podremos decir que, dentro de sus limitaciones, el hombre sólo va a poder ser parcialmente sabio, parcialmente feliz y parcialmente consciente de lo que lo rodea; pero es precisamente esta consciencia la que lo ayudará a sobreponerse a las cosas que están fuera de su alcance. Adoptando una postura que apuesta porque el hombre deje de preocuparse por situaciones que

¹⁵ *Ibid.*, p. 180

¹⁶ Hampshire, S., *Spinoza*, p. 117

¹⁷ *Ibid.*, p. 118

¹⁸ *Ibid.*, p. 119

están fuera de lo que sus condiciones pueden abarcar, Spinoza plantea la esencia de un hombre sabio ajeno a cosas que no puede controlar. Además, y para evitar malentendidos, el autor hace una aclaración al decir: “No es que reconozcamos (como sugirió Leibniz) que todo sucede del mejor modo en el mejor de los mundos posibles, sino que todo debe ser como es en el único mundo posible”¹⁹. Concluyendo, enuncia que:

Spinoza distingue cuidadosamente la fortaleza de alma del hombre libre de las virtudes del estoicismo: no se trata de un ejercicio de la voluntad, sino más bien de la virtud intelectual de afrontar los hechos impasiblemente, sin emoción ni intromisión de temores o esperanzas subjetivos; es la virtud de la objetividad, una aquiescencia a lo que resulta ser racionalmente verdadero, por desagradable que pueda parecer personalmente la verdad. Pues cualquier otra actitud posible debe parecerle al hombre libre simplemente estúpida e infantil, como la de quien da una patada a una silla por haber tropezado con ella.²⁰

El conocimiento, entendido como el fin al que aspira el hombre sabio, puede conducir a la felicidad sólo si se supera el primer estado donde lo agradable a los sentidos, y la conveniencia, es interpretado como la felicidad misma.

Conclusiones e ideas generales derivadas de los comentarios a Spinoza

En textos introductorios a la filosofía, solemos encontrar que los autores hablan de Spinoza de una manera muy general, lo que se entiende debido a que, precisamente, no son textos especializados. Hirschberger, por su parte, explica que la postura tratada en la *Ética* de Spinoza, habla del cómo la consumación de la existencia humana, sólo puede llegar cuando entendemos que la existencia misma está condicionada por la sustancia que la envuelve. En palabras del autor:

Su obra principal se llama *Ética*, pero en realidad es una filosofía del ser y de la naturaleza, del conocimiento y del espíritu. Sin embargo, el título de *Ética* no carece de motivo. En efecto, la filosofía del ser de Spinoza tiene como último fin algo ético, la felicidad del hombre, la cual se logra si se llega a ser verdadero hombre, es decir, sabio. Y se logra este fin si se alcanza la unión con el ser y con Dios en el amor espiritual.²¹

¹⁹ *Ibid.*, p. 120

²⁰ Hampshire, S., *Spinoza*, pp. 120-121

²¹ Hirschberger, J., *Breve historia de la filosofía*, p. 117

Esta concepción general sumada a la de felicidad como proceso de perfeccionamiento de la consciencia humana, cuyo fin es el que encontramos en la mera definición de Dios, nos abre la posibilidad de una respuesta adecuada a la pregunta de si, al conocer completamente a Dios ¿el hombre se negaría la posibilidad de ser feliz? La respuesta a esta pregunta, vale aclarar que, desde un punto de vista personal, es que el conocimiento íntegro de Dios no puede ser alcanzado, pues el hombre no puede poseer, en su condición finita e imperfecta, un conocimiento absoluto de Dios. Henry lo explica al decir que “Una felicidad absoluta no puede ser sino aquella cuyo objeto no tiene ninguna relación con el tiempo”.²²

Es necesario que aquí afirme que la suposición de tener consciencia absoluta, al menos del *pensamiento* como atributo dentro de los conceptos presentes en el panteísmo, de la totalidad de Dios, será siempre una meta inalcanzable para el hombre, dadas sus limitadas capacidades intelectuales. Considerando lo anterior, y por mucho que pueda perfeccionar su alma a través de un creciente conocimiento, el hombre siempre quedará alejado de la mera posibilidad de alcanzar la totalidad divina. De esta manera, no hay límite para la felicidad como proceso, según lo plantea Spinoza, por lo que el preocuparse por agotar la felicidad llegados a algún punto, es, por definición, imposible.

¿Cómo justificar la actualidad del pensamiento de Spinoza?

Habiendo aclarado y hecho familiar los conceptos más relevantes para nuestro trabajo, lo que queda es reflexionar de manera más personal cómo podemos hacer nuestro su planteamiento. Por eso, ahora que conocemos cuál es la propuesta que Spinoza plantea para llevar la mejor vida posible, hay que preguntarnos si lo que menciona tiene una relevancia más allá del mero estudio filosófico. Lo más sencillo sería cuestionar su actualidad a partir de preguntarnos: ¿Qué relevancia puede tener hoy un filósofo holandés del siglo XVII que hablaba sobre Dios? A partir de esta pregunta,

²² Henry, M., *La felicidad de Spinoza*, p. 157

pensar si no hay algo más actual que se haya dicho y se pueda relacionar mejor con la problemática a la que nos estemos refiriendo. Lo más normal es pensar que los problemas actuales requieren soluciones adecuadas a nuestro contexto. Por estas razones, preguntar qué puede decirnos éste o cualquier otro autor sobre cómo ser felices, qué es llevar una buena vida o qué nos puede traer alegría, puede ser descalificado directamente si no se reflexiona concienzudamente de lo que han dicho.

Justificar la relevancia de una propuesta filosófica, como ya hemos dicho, es un problema frecuente cuando hablamos de la actualidad de cualquier pensador que no esté situado directamente dentro del contexto contemporáneo. Se toma por supuesto que determinados argumentos no tienen la actualidad necesaria debido al tiempo y lugar en que fueron presentados; pero antes de esto, no se considera como tal cuál sería la manera en que podríamos adaptar su pensamiento al contexto contemporáneo, siendo que verificar la validez de su pensamiento es relevante no por el periodo histórico, sino por la actualidad de sus argumentos.

Dejando de lado que hay maneras filosóficas de explicar el mundo que ya no tienen vigencia dado que la ciencia ha definido propuestas más adecuadas al interpretar los fenómenos físicos del mundo, y sin ánimos de hacer una apología general que suponga la pertinencia actual de cualquier propuesta filosófica, debemos considerar los elementos que tienen actualidad precisamente por la universalidad humana de los problemas a resolver. Por ejemplo, podríamos hablar de los elementos trascendentales de la tristeza y la felicidad en la vida del hombre, cómo se viven dichos elementos, y cuáles y cómo deben de procurarse; considerar la sabiduría y el valor del conocimiento, la manera en que se relacionan y, de todo el conocimiento humano, de cuál vale más la pena apropiarse; también podríamos hablar de los juicios valorativos que se hacen del sentido de la vida, cuál es el sentido racional que le podríamos dar a la decisión de terminar voluntariamente con la nuestra, y en qué medida es mejor tomar esta decisión sobre la de continuar con ella; y así podríamos seguir enunciando planteamientos de orden filosófico que, sin importar en qué época o contexto se

presenten, nunca estarán completamente resueltos. La trascendencia de estos temas enunciados descansa en que, si bien con presentarlos bajo la postura de un autor sólo se expone 'otra' manera de ver las cosas, su sentido se apoya en la reflexión y cómo con ésta se acepta o replantea una nueva visión personal de un problema siempre presente en la humanidad.

Puesto que de un argumento lo que tenemos que considerar son sus premisas, conclusiones y relevancia, y no quién lo dice ni el contexto en el que fue dicho (si estos elementos no aportan nada sustancial a la discusión); la sabiduría, el conocimiento y el buen vivir son temas que retomamos del panteísmo en Spinoza dado que tienen actualidad por el mero hecho de asociarse a temas sin fecha de expiración. Hasta que, como especie, encontremos una manera de responder a estos y demás temas filosóficos de una manera contundente, que no deje espacio para la discusión (cosa que veo difícil sin suponer la pérdida de nuestra propia humanidad), tendremos que continuar nuestro camino por la vida descansando nuestras inquietudes de estos temas en posturas filosóficas antecedentes.

Ahora sí, después de aclarar que el panteísmo y demás temas que maneja Spinoza pueden ser reconsiderados actualmente, tenemos que plantearnos qué tan adecuados son para un contexto no sólo contemporáneo, sino uno que se adecúe al de cualquier persona que lo lea. Ésta es una empresa más complicada, porque no hablamos precisamente de su relevancia en un contexto determinado, sino, de la trascendencia que esta postura pueda tener en gente que entienda precisamente qué trata de decirnos Spinoza.

Felicidad y alegría

Spinoza, en el libro III de la *Ética*, se encarga de analizar ciertos conceptos humanos creados con el fin de justificar la moralidad, gustos, placeres y otros comportamientos²³. Como ya se revisó anteriormente con Michel Henry y Stuart

²³ Spinoza, B., *Ética demostrada según el orden geométrico*, p. 172

Hampshire, dichos conceptos están condicionados por la interpretación que, como humanos, le damos a las manifestaciones de Dios que encontramos en la naturaleza. Analizando que en Spinoza los temas de la moralidad, y demás concepciones humanas, se refieren a la consecuencia directa de la manera en que comprendemos la naturaleza, podremos entender cómo es que dentro de su postura el hombre puede tener una buena vida.

De la felicidad acostumbramos a hablar en muchos sentidos. Podemos referirnos a experiencias personales felices cuando pensamos en cosas que nos presentan algún placer; también acontecimientos que, aunque no sean personales, nos generan cierta felicidad; recuerdos de momentos en los que nos sentimos felices; incluso lo podemos llevar, como concepto, al extremo de colocarlo como una característica esencial en elementos morales que te digan cómo debe ser vivida la vida; o en conceptos que definan los valores artísticos de una pintura, escultura o pieza musical. Así podríamos continuar por un largo rato, mientras describimos, como interlocutores de Sócrates, aquello que causa un placer en nosotros como un objeto que nos puede entregar felicidad.

El punto anterior, según la propuesta de Spinoza, es una manera equivocada de usar el concepto. Si bien dentro del uso común del lenguaje, nadie te dirá que no eras feliz aquella noche de bodas cuando cumpliste el sueño de casarte con el amor de tu vida, Spinoza usa el término *felicidad* para referirse a algo más universal. Como ya lo planteamos en el capítulo anterior, el sentido que Spinoza le da al concepto de felicidad descansa en conocer, de manera adecuada, las verdaderas causas y leyes que dirigen el curso de la naturaleza²⁴. Esto llevará a afirmar que comprender que la mayoría de las cosas que existen dentro del universo pertenecen a una condición natural alejada de lo que se puede cambiar con nuestra propia voluntad, es clave para que el hombre viva plenamente.

²⁴ Spinoza, B., *Ética demostrada según el orden geométrico*, p. 99

Dicho de otra manera, la felicidad llegará cuando dejemos de angustiarnos por aquellas cosas del mundo que no podemos cambiar. Para ejemplificarlo, podríamos ponerlo de la siguiente manera: ¿por qué debería de quitarnos la tranquilidad que el día esté lluvioso y no sea posible salir a dar un paseo por el parque como lo veníamos planeando desde hace días? En un primer momento, como es natural dada nuestra condición humana, es lo más normal que nos sintamos un tanto decepcionados dado que el plan que nosotros proyectábamos no se podrá cumplir; pero hay una actitud que debería de gobernar nuestros actos y detenernos si por nuestra cabeza transita la idea de maldecir el día. Dicha actitud debería ser la de entender, como sugiere Spinoza, que no podemos controlar ni modificar de manera alguna todos los elementos que percibimos y desearíamos que se acomodaran a nuestros deseos.

Si partimos del uso de nuestra razón, podremos alcanzar la felicidad a través de un proceso de liberación. Llevar una 'vida feliz' es consecuencia de la liberación que sentimos cuando no llevamos, en nuestra conciencia, la supuesta responsabilidad de que algo no haya ocurrido como lo deseábamos por razones fuera de nuestras manos. La felicidad, según esta propuesta, descansa en cómo tenemos que percibirnos frente a las situaciones sabiendo que sólo somos una pequeña parte de lo que comprende el todo.

Habiendo explicado cómo se debería vivir la felicidad, es más sencillo entender cómo una 'vida infeliz' puede consolidarse en la existencia humana. Si ya se ha dicho que la felicidad descansa en una liberación del sujeto, entenderemos que la infelicidad descansa en las actitudes que nos llevan a pensar que aquello de lo que no tenemos control es nuestra responsabilidad. Para ser un infeliz, en el sentido que Spinoza plantea, sólo es necesario que consideremos la naturaleza en un orden personal y caprichoso, precisamente al someternos a las pasiones sin considerar el orden de la naturaleza²⁵. Si comenzamos a pensar que el orden natural de las cosas debería ser distinto y adecuado a nuestros deseos, estaremos perfectamente encaminados a llevar

²⁵ Spinoza, B., *Ética demostrada según el orden geométrico*, p. 202

la más grande decepción de nuestra vida, porque, cada vez que veamos un mundo lejano a nuestra imagen idealizada de él, nos alejaremos de la verdad cuestionándonos, de manera infantil: '¿Por qué las cosas no son como las esperaba?' De esta manera, cuestionaremos cosas que no pueden ser de otra manera o cambiar por nuestra voluntad. Con una actitud como esa, el tiempo se encargará de llenarnos con desagradables sorpresas al confrontar nuestros deseos con la realidad. Por ello, la propuesta de Spinoza sugiere que la felicidad descansa en conocer, de manera adecuada, el orden de la naturaleza. Ésta debe de ser la actitud de un hombre sabio, y en la sabiduría de conocer sus limitaciones es donde encontrará el camino a la felicidad.

La diferencia entre felicidad y alegría es más clara cuando vemos la felicidad como un estado en el que el hombre sabio se sitúa, mientras la alegría es vista como el constante proceso de aprendizaje reflexivo en el que nos vemos envueltos durante nuestra existencia. La alegría está en ir descubriendo poco a poco qué parte es la que ocupamos dentro de la naturaleza. Si con la mera experiencia de estar vivos iremos comprendiendo nuestras limitantes, nos podremos alejar de supuestos y responsabilidades que no nos corresponden.

Incluso, este proceso podría hacernos dar cuenta del ridículo que estas suposiciones, sobre el alcance de nuestras acciones y voluntad, presentan cuando pensamos que nuestra actitud sobre un dado evento cambiará algo. Estar enojados, tristes o decepcionados (a pesar de ser elementos básicos de nuestra constitución humana) no agrega nada a nuestra vida si dichas emociones son el resultado de una actitud espontánea poco reflexiva. Entonces ¿por qué preocuparnos por cosas que no podremos cambiar? Partiendo de la argumentación hasta ahora desarrollada, no sirve de nada ocupar nuestra mente en estos pensamientos si ello no nos conduce a reflexionar sobre nuestras limitaciones humanas. Poniéndolo en contexto, pensar en la muerte no es un tema relevante si lo que nos orilla a reflexionar sobre ella es, por ejemplo, un temor. Pensar temerosamente sobre un proceso natural por el que todos

tendremos que pasar, no es más que una actitud infantil; en cambio, si reflexionamos sobre ella como una etapa de transición de un estado a otro, y esa reflexión nos acerca a ubicar nuestro lugar dentro del universo, estaremos revelando ante nosotros cuál es el orden de las cosas y cómo tienen que ocurrir naturalmente.

Conocer y aceptar la naturaleza tal y como es, es parte del proceso al que Spinoza se refería como alegría. El conocimiento es el que nos acerca a la perfección, pues es a través de éste que podemos aprehender en nuestra mente el orden de la naturaleza y acercarnos a la comprensión absoluta de Dios. Descubrir progresivamente qué somos y el lugar que ocupamos, es lo que tiene que entenderse por alegría.

Después de explicar qué es la alegría según Spinoza, habrá que entender qué es la tristeza siguiendo el mismo modelo.²⁶ Al contrario de la alegría, la tristeza es un proceso en el que el individuo se aleja de la perfección. En este sentido, siempre que el proceso del conocimiento de la naturaleza esté mal enfocado, el hombre estará procurando su tristeza. La confusión y entender de manera equivocada el orden natural de las cosas que conforman la naturaleza, es lo que condena al hombre a una existencia donde la tristeza parecería no acabar.

Continuando con el ejemplo anterior, lo que al hombre le generaría tristeza respecto al tema de la muerte sería pensar, de manera equivocada, en conclusiones alejadas de lo que la naturaleza señala como correcto. Si, por ejemplo, dejara de verlo como un proceso natural y comenzara a creer en elementos o doctrinas que brinden suposiciones equivocadas, estaría siendo guiado por un camino triste. La tristeza de este sujeto descansaría en que, con el pasar del tiempo y viendo que lo que creía saber no era verdadero, la realidad y el orden natural de las cosas le harían ver lo equivocadas que estaban sus suposiciones respecto al tema. La incertidumbre sobre lo que creía saber le haría ver que el supuesto conocimiento verdadero que poseía no tenía una fundamentación adecuada a las leyes naturales, lo que le llevó tristeza a través de haberse alejado de un conocimiento que lo acercase a la perfección. Por ello,

²⁶ Spinoza, B., *Ética demostrada según el orden geométrico*, p. 115

la doctrina de Spinoza habla de la alegría como un proceso de perfeccionamiento, mientras que por la tristeza se refiere a lo contrario.

Sabiduría y virtud

Como consecuencia directa de lo dicho respecto a la alegría y felicidad, podemos llegar a decir que el hombre sabio es el único que posee una verdadera libertad. Es por esto que, por medio de su conocimiento de la naturaleza y reflexión personal, entiende que las pasiones que creía estaban en él no son más que afecciones de la sustancia ajenas a su existencia. Debemos entender que la sabiduría, al ser consecuencia del conocimiento y amor intelectual a Dios, presenta al hombre la posibilidad de encontrar que todas las pasiones que es capaz de sentir son consecuencia de su condición humana. Se entiende que la mayoría de estas son adoptadas por nosotros de manera inconsciente y que no pueden *no ser* dado lo que somos. Es esto por lo que la sabiduría es la que coloca al hombre en posición de sentirse liberado de las voliciones propias de su condición humana.

La sabiduría nos presenta la oportunidad de definir quiénes somos a través de comprender el lugar que ocupamos dentro de la naturaleza. El hombre sabio, alejado del determinismo al que su contexto y condiciones personales lo condenan, tiene la capacidad de definirse a él mismo de manera intelectual. Lo que la propuesta de Spinoza pretende, en un principio, es tratar de explicar que, para llegar a ser un hombre sabio, tiene que amarse el conocimiento a través de comprender el orden y leyes de la naturaleza y, consecuentemente, a Dios. La cualidad de amar el conocimiento, a través de los elementos de la naturaleza presentes en las diversas expresiones de Dios, es la que otorga el grado de sabio; por lo que es un error suponer que primero se tiene que ser sabio para amar a Dios.

Independientemente del lugar, condición económica, rasgos físicos, y demás eventualidades accidentales, cualquier persona que reflexione de manera profunda, podrá entender que dichas circunstancias no son responsabilidad directa suya. Es por

ello que no se afirma que éste sea el mejor de los mundos posibles, por el contrario, a lo que nos lleva toda esta reflexión es a considerar que éste es el único mundo que existe, y que éstas son las únicas condiciones en las que se darán las cosas. La sabiduría llega cuando se ha elegido la razón, es decir, cuando se ha optado por la manera de vivir adecuada, aumentada hacia el aumento de la propia potencia, vivir de acuerdo con la razón equivale a practicar la virtud.

Entonces ¿qué clase de esperanza es la que nos brinda la propuesta panteísta de Spinoza? La respuesta va más allá de simplemente aceptar que ésta es la única manera en la que pudieron darse las cosas. Darse cuenta del lugar en el que nos ubicamos, dentro de la naturaleza, es sólo el primer paso para tener una buena vida. Siguiendo con esta idea, cobra más sentido pensar que ‘antes de emprender un viaje, primero hay que saber cuál será el destino’, siendo que, en nuestra analogía, la sabiduría es la que nos dirá hacia dónde se emprenderá el viaje. Este primer paso, el de darnos cuenta de que las circunstancias en las que ahora nos encontramos no son responsabilidad de nadie, es el que nos acerca más a convertirnos en hombre sabios; pero es un segundo paso el que nos acercará a ‘nuestro destino’, que, según lo que plantea Spinoza, es convertirnos en hombres virtuosos.

No es simplemente aceptar que éste es el mundo en el que te tocó estar y vivir, la idea tampoco es que te conformes con tu situación y descansas la responsabilidad de tu estado en el ‘destino’. La diferencia es que, no necesariamente, quien es sabio se convierte en alguien virtuoso; pero, al contrario, sí es necesario que la virtud se encuentre siempre acompañada de la sabiduría. Ser sabio depende de la felicidad, que es lo que entrega al hombre la posibilidad de entender la naturaleza, pero hasta ahí; en cambio, ser alguien virtuoso depende enteramente de lo que el hombre hace con el conocimiento que posee. La virtud descansa en la actitud que tomamos ante la inevitable circunstancialidad en la que nos encontramos. Los valores propios de este estado virtuoso se encuentran estrechamente ligados a los del estoicismo, donde no se habla de una doctrina como tal, sino de las actitudes adoptadas ante la imposición

contextual en la que nos encontramos. La propuesta de la que habla Spinoza, refiriéndonos a la virtud, conduce a que el destino del hombre sabio es que termine adoptando una postura donde éste deje de preocuparse por situaciones que están fuera de lo que su voluntad puede abarcar²⁷. La esencia de un hombre sabio descansa en que éste se sienta ajeno de las cosas que no puede controlar.

La virtud sólo puede aplicarse cuando el hombre es consciente de su estado ante la naturaleza. Podríamos, por ejemplo, argumentar que la templanza, rectitud, y el autogobierno no son valores propios que se deriven de la propuesta de Spinoza. Se podría decir que dichos valores pueden ser alcanzados por el hombre sin la necesidad de adoptar el panteísmo spinoziano y sin darse cuenta de su lugar en la naturaleza, y es un argumento válido; pero que se tenga la misma carga moral no implica que las razones por las que se adoptaron dichos valores hayan sido las mismas. Por un lado, si es una ‘coincidencia’ que *X* hombre posea el mismo marco de valores que *Y* hombre, siendo que *X* simplemente llegó a dicho marco por arte del ‘destino’, mientras que *Y* lo racionalizó a través de un proceso reflexivo, donde consideraba que estas fueron las únicas condiciones en las que pudieron darse las cosas; tendremos que *X* no posee la sabiduría que lo lleva a la reflexión, y, por lo tanto, no decide enfrentarse a sus condiciones de manera consciente. *X* no es virtuoso porque no llevó a cabo una introspección valorativa de las razones que lo condicionaron a situarse donde está; mientras que, *Y* sí lo es dado que, aun sabiendo que no es responsabilidad de nadie la condición en la que se encuentra, él decidió enfrentarse a su destino haciendo todo lo que estaba dentro del alcance de su voluntad para perfeccionarse y ser mejor, acercándose a Dios.

Por otro lado, tenemos que *X*, al igual que en el ejemplo anterior, posee el mismo marco de valores que *Y*. La diferencia en este caso es que a *X* se le ha inculcado desde la infancia que dicho marco valorativo es el mejor, y por lo tanto lo ha mantenido sin cuestionamientos durante toda su vida. Al igual que antes, *X* nunca

²⁷ Spinoza, B., *Ética demostrada según el orden geométrico*, p. 99

cuestionó dicho marco ni reflexionó si éste era el que mejor lo conduciría a una buena vida, por lo que, independientemente de si comparte los mismos valores que *Y* hombre en el ejemplo anterior, no posee la sabiduría de *Y*. Al no poseer dicha sabiduría ni elementos reflexivos, no es la virtud la que lo condujo al marco valorativo que se plantea con la propuesta que hemos seguido de Spinoza, sino que fueron la ignorancia y el conformismo quienes guiaron el andar de su vida. Dicho de otra forma, en este ejemplo *X* tampoco puede ser considerado un hombre sabio ni virtuoso.

Para finalizar, es importante señalar que la virtud es la que define si se vive o no una buena vida; pero es sólo a través de la reflexión y conocimiento que el hombre puede acercarse a dicha virtud. La virtud, como se planteó antes, es la máxima recompensa que el hombre sabio puede tener porque, siendo que la voluntad es también un deseo, pero un deseo más poderoso que los demás, entrega la posibilidad de vivir la mejor vida posible dadas nuestras circunstancias. En el sentido en que la vida mejor es consecuentemente la más feliz, entenderemos que llevar una vida virtuosa, de la manera planteada por Spinoza, es la que nos conducirá a las satisfacciones más significativas. La libertad que brinda la sabiduría y el valor que la virtud saca de ella, es el único premio que se necesita cuando el alma libre se siente en armonía con el conocimiento de Dios.

Conclusiones

Si nosotros nos preguntamos directamente ¿el conocimiento de Dios como fin del hombre sabio, en el contexto contemporáneo, puede ser alcanzado a través de la comprensión de las relaciones entre Dios y sabiduría, presentes en las propuestas panteístas de Spinoza? La respuesta parece ser afirmativa dadas las conclusiones que se presentaron a lo largo del trabajo.

Siendo que conceptos como bondad, justicia, voluntad, orden, etc., no son aplicables a la descripción que Spinoza entrega de *Dios*, pueden ser ubicados

directamente como conceptos que existen en las construcciones sociales del hombre. Aquello da espacio a que se afirmen cosas como que la felicidad parte de tomar consciencia del sí mismo y lo que compone la naturaleza, por lo que tendremos que la búsqueda del conocimiento es el primer paso para alcanzar la felicidad; que partiendo de entender que Dios y las cosas que ocurren en la naturaleza pertenecen a un espacio alejado de lo que nosotros podemos cambiar a través de nuestra voluntad, puede llegarse al desarrollo de la alegría y una buena vida a través de liberarnos de responsabilidades que no nos corresponden. Pero entendiendo que, todo lo anterior, necesita de la aceptación de que nuestra existencia es sólo la proyección de una parte de la totalidad de la naturaleza; además concluimos que la sabiduría, el conocimiento y el buen vivir son temas que pueden ser retomados del panteísmo en Spinoza dado que su actualidad descansa en el mero hecho de asociarse a temas sin fecha de expiración.

Además de que con dichas conclusiones parece afirmarse la actualidad que el hombre contemporáneo puede apreciar de la propuesta panteísta de Spinoza, considero importante rescatar la idea de Spinoza cuando procede a señalar que muchas de las doctrinas que hablan de Dios, terminan por caer en errores evitables si se hiciera un análisis adecuado a la naturaleza de éste. Dejando de lado la crítica que hace de dichas doctrinas, estimo que es una invitación directa a que reconsideremos, como llegó a hacer Descartes, las cosas que suponemos conocer y a qué conclusiones nos llevan dichos 'conocimientos'; finalmente deseo rescatar la idea planteada que nos dice que, en el sentido en que la vida mejor es consecuentemente la más feliz, tenemos que entender que la vida virtuosa, siguiendo lo expuesto por Spinoza, es la que puede conducirnos a las satisfacciones más significativas. Si bien esto podría objetarse como un argumento anacrónico, puesto que la ciencia moderna no es estrictamente lo que Spinoza hubiera podido considerar de la filosofía natural en su época, me parece adecuado que la contextualización contemporánea de su postura apuntaría a que el conocimiento racional de la naturaleza sólo puede concretarse a través de la búsqueda

del saber científico. Lo que apuntaría a que la felicidad moderna puede ser alcanzada a través del valor epistemológico que la ciencia puede otorgar. El planteamiento de que la libertad brindada por la sabiduría, y el valor que la virtud puede sacar de ella, es la única recompensa que el hombre sabio necesita, parece una conclusión adecuada al espíritu del replanteamiento de las ideas que encontramos en la propuesta panteísta dentro de la *Ética* de Spinoza.

Entendiendo que, si el precio de la virtud es la virtud misma, el castigo de la sinrazón es la sinrazón misma, terminaré por agregar que, si bien exponer una postura filosófica como ésta a veces es más sencillo que ponerla en práctica, la recompensa que nos presenta justifica los esfuerzos que plantea su ejecución. Spinoza termina su *Ética* diciendo: “Pero si el camino que he mostrado que conduce a este fin parece muy arduo, sin embargo, es posible hallarlo. Y ciertamente debe ser arduo lo que se encuentra tan raramente. ¿Cómo, en efecto, sería posible, si la salvación estuviera al alcance de la mano y si pudiera conseguirse sin gran esfuerzo, que la descuiden casi todos? Pero todo lo excelso es tan difícil como raro”.²⁸

²⁸ Spinoza, B., *Ética demostrada según el orden geométrico*, p. 283